

NOTA SOBRE EL DISCURSO HISTÓRICO NÁHUATL

Georges BAUDOT
Universidad de Toulouse II-Le Mirail
IPEALT

LA ELEGANTE CONTRIBUCIÓN DE Enrique Florescano en el texto "Mito e Historia en la Memoria Nahua", de clara e impecable escritura, propone una bien construida síntesis de lo que permiten saber las investigaciones más actuales (M. Graulich, 1987 y 1988; H. von Winning, 1987; E. Pasztory, 1976 y 1988; D. Heyden, 1988; Richard A. Diehl, 1983 entre otros) y, fundamentándose también en publicaciones anteriores que ya son clásicos reconocidos, plantea algunos de los problemas mayores de índole, a la vez, teórica e historiográfica, para la reflexión actual sobre la trama misma del concepto histórico de México. Al acercarse con simpatía (en el mejor sentido etimológico de la palabra) a la construcción del mito de los orígenes elaborado por los mexicah, son muchos los temas que el autor ha abarcado con indudable acierto de exposición para una mejor comprensión general, pero que por eso mismo despiertan afanes de comentario con miras a un entendimiento más claro del quehacer ideológico y mitogenético de los nahuah fundadores. Es ésta, pues, una ocasión saludable para ofrecer algunas reflexiones dictadas, sobre todo, por el deseo de acompañar y subrayar el ensayo del autor, complementándolo con sugerencias que fueron dictadas por el sólo propósito de enriquecer un posible debate y hacer factibles otros ángulos de examen.

Empezaré, por mi parte, intentando resumir primero y con la mayor brevedad, los puntos cruciales de lo que Flores-

cano nos ha ofrecido; exposición que me permitirá estructurar mis comentarios de la manera más apropiada. Principia el texto con una síntesis perspicua de lo que hoy alcanzamos a saber sobre el modelo de una Tollan mítica, paradigmática, la urbe idealizada que sirviera de modelo y de nostalgia a las diferentes sociedades que fecundaron Mesoamérica al paso de sus milenarias civilizaciones. Prosigue con una exposición detallada de lo que algunas publicaciones recientes afirman sobre la elaboración política e ideológica construidas por los mexicah, partiendo de sus humildes orígenes de pueblo nómada guerrero, para exaltarlas mitificando el relato de aquellos orígenes dentro de un proceso muy cuidadosamente pensado que recoge y trastoca, por no decir transmuta, el antiguo fondo mítico de las culturas sedentarias y urbanizadas de Mesoamérica. Por fin, Florescano concluye destacando la fundamental importancia de los mitos en el quehacer histórico de la humanidad así como la creciente necesidad de valorar las mitogénesis para explicar (y comprender) mejor los intrincados procesos del devenir histórico en las civilizaciones antiguas.

El primer comentario sobre la maravillosa imagen de la Tollan paradigmática me parece que podría ser el subrayar la necesidad de un análisis detallado en ese preciso sentido de los textos mismos que fraguaron los nahuah para forjar y transmitir esa imagen, textos que habían de enseñarse y de reproducirse en el *calmecac*, y que hoy conocemos como las sagas mayores de la poesía épico-mítica en lengua náhuatl. Son aquellas conocidas como *teotlatolli* o “palabra divina” que los *teotlatolmatinime* nahuas compusieron y transmitieron bajo la forma de *melahuacuicah* o “cantos verdaderos” y que son de todos bien conocidas, a saber, por ejemplo, los *Anales de Cuauhtitlan*, o las de los informantes de Sahagún en los *Códices Matritenses*, entre otras. Relatan con el discurso magnificado de la literatura todo aquel cuidadoso reajuste mítico pensado por los mexicah para escribir historia nueva, acorde con una nueva voluntad política traducida a términos de ideología. El examen de las metáforas imaginadas en estos textos, todo el aparato imaginario que pone en marcha aquel discurso y entrama aquella palabra, connota en sus significados cierta-

mente más de una clave para desentrañar las imágenes evocadas por Florescano. El edén agrícola del llamado mural de las ofrendas del templo de la agricultura en Teotihuacán, o más aún, la imagen del paraíso de Tlaloc en el mural del palacio de Tepantitla, también en Teotihuacán, podrían tener algún eco, elaborado literariamente, en las evocaciones de los textos que nos han llegado. Creo que algo podría sacarse de la mítica Tamoanchan plasmada en los textos, o de la Tlillan Tlapallan, “la tierra de lo negro y de lo rojo”, analizando sus estructuras textuales. Florescano ha dado una ajustada importancia a las imágenes, a las representaciones figuradas, y a su análisis, al utilizar la iconografía de Tepantitla, al destacar con fuerza que en aquellos centros urbanos primordiales el reconocimiento de una ubicación primordial de la fuente decisiva de la sabiduría y de lo que caracterizaba a la urbe: la tinta negra y roja, los libros y las flautas —cumplía un papel fundado. En cierto modo, Florescano nos ha inducido a sugerirle además aquellas metáforas o metonimias que brindan las palabras escritas, cuando éstas también nos han llegado con las garantías filológicas indispensables. Por qué no recordar ahora el antiguo texto náhuatl que fuera recopilado por el *Códice Matritense de la Real Academia de la Historia* (fol. 180v^o) que dice así:

Se estableció el canto,
se fijaron los tambores
se dice que así
principiaban las ciudades
se ponía a existir en ellas la música . . .

De este modo, ¿qué relación intertextual puede existir entre la iconografía de Tepantitla (o de muchos otros murales clásicos, por cierto), y las imágenes de los *Anales de Cuauhtitlan*, o de los códices matritenses debidos a los informantes de Sahagún que son textos de palabra posclásica, náhuatl por excelencia, y tardía? Y estos últimos, ¿acaso han conocido elementos paradigmáticos, más o menos diluidos pero vehiculados, de aquella iconografía clásica? ¿Puede el análisis textual e iconográfico de hoy en día establecer tablas de com-

paración y valoración, elemento por elemento, o a lo sumo sugerir escalas de evaluación y de equivalencia entre textos e imágenes, edades y eras, en tiempos y discursos del correr del tiempo, mezclados por el analista de nuestros días? A veces los textos clavan e imponen imágenes y significados con una misteriosa pero real sugerencia:

En un tiempo de antaño que hoy no se puede contar,
 del que nadie ya se puede acordar ahora,
 aquellos que vinieron a sembrar, a los abuelos, a las abuelas,
 de ellos se cuenta que arribaron, que vinieron,
 a seguir el camino, a venir a barrerlo, a terminarlo,
 que llegaron a gobernar aquí en esta tierra,
 a la cual únicamente llamaban con un sólo nombre,
 como si aquí se hubiera fundado un mundo estrecho.¹

Y el cortejo denso y majestuoso de imágenes emocionantes y tensas va embriagando al investigador que las pone a desfilar ante su pantalla o sus cuartillas, recordando con inigualable fuerza la poderosa magia del mito que clarifica y explica la historia de los pueblos, a la par que procura la luz rasante que revela el que fuera lento quehacer de una explicación cosmo-mítica para una nación en busca de su identidad cultural y de su justificación histórica. El texto de estos folios 191r^o a 192v^o del *Códice de la Real Academia*, que no transcribimos por falta de espacio, es una de las mejores ilustraciones escritas de esta voluntad de otorgarse el lugar originario de la sabiduría para fundar la ciudad paradigmática. Por otra parte, podría subrayarse la fuerza y la vivencia de estas convicciones a través de la expresión poética de los mexicah, como la recuerdan estos versos de Nezahualcóyotl, elegidos entre muchos otros posibles, y compuestos en circunstancias dramáticas para consolar de su muerte próxima al *tlatoani* de México, a Motecuhzoma Ilhuicamina:

Flores de luz
 abren sus corolas,
 allí donde hay lentejuelas de agua,

¹ SAHAGÚN, 1907, VIII, fol. 19r^o.

aquí, en México!
 Tán sólo he aquí como mora
 entre sus libros y sus pinturas
 he aquí como vive, esta ciudad
 de Tenochtitlan!²

La urbe, la Tollan, expresión del fenómeno sagrado de la civilización, sólo se concibe “entre sus libros y sus pinturas”. Bien parece, así, que podría ampliarse la discusión pasando revista a todas las formas de “edén” o de paraíso que vehiculan los textos: Tamoanchan, Tlalocan, Tlillan Tlapallan, como centros en donde se fragua la cultura que permite al hombre superar su condición, y analizar en qué modelos se expresa mejor este anhelo. Recordaré tan sólo la importancia que tienen en la poesía náhuatl, en el *xochicuicatl* sobre todo, las nociones de *xochicuahuitl*, de “árbol florido”, al pie del cual los poetas (los sabios por excelencia, los que poseen la palabra y sus más delicados poderes) se reúnen en sesión de *icniuhyotl*, de “asamblea de amistad” para fundar palabra y canto, como lo evocan estos versos de Huexotzinco:

<i>Nicmalintihuitz</i>	Vengo a tejer
<i>Xochicuahuitl on</i>	flores de gran sonrisa
<i>huehuetzcani xochitl</i>	en el árbol florido,
<i>in Tamohuanchan,</i>	en Tamoanchan
<i>xochipetlapan,</i>	donde hay petate de flores,
<i>mimilihuic xochitla,</i>	flores redondas,
<i>anelhuayo xochitli . . .</i>	flores sin raíces . . .
<i>Ninoyecoya</i>	Yo me integro plenamente
<i>in Tamohuanchan . . .</i>	a Tamoanchan . . . ³

El “edén”, Tamoanchan, es por tanto inseparable de la noción de saber y de palabra, y el corazón del hombre participa de esta noción simbólica del saber como lo recalca el propio Nezahualcóyotl:

<i>Amoxtlacuilol in moyollo</i>	Libro de pinturas es tu corazón.
---------------------------------	----------------------------------

² Ms. *Cantares Mexicanos*, fol. 67rº.

³ Ms. *Romances de los Señores de la Nueva España*, fol. 11rº.

El papel de la palabra puede parecer tan crucial en estas investigaciones y reflexiones acerca del reajuste mítico-histórico de los nahuah que, creo, se podría dar mayor peso al sentido que pueden revestir muchos de los términos onomásticos o toponímicos utilizados.

Así, el dios humilde y cubierto de llagas que representa alegóricamente a los mexicah en la creación del cosmos al iniciarse la marcha del quinto sol, Nanahuatzin, lleva un nombre que se podría considerar como rico de significados representativos. Puede explicarse su etimología fundamentándola en base al verbo *nahua* “bailar armoniosamente”, en la derivación *nahuatl* “armonioso, de sonido elegante”, y en el sufijo de proximidad *nahuac*. De buenas a primeras, *nanahuatl*, al redoblar la sílaba inicial, es “muy, muy armonioso” o “más que armonioso”, a la par que conlleva una identidad étnica y cultural subrayada “doblemente nahuatl”. Es decir que la fea y humilde divinidad del quinto sol, en realidad, es la expresión de una suprema armonía, así como de una suprema proximidad. Efectivamente, recordamos que una de las apelaciones más frecuentes para evocar a un creador supremo en los textos nahuah es aquella de *tloque nahuaque*, “el dueño de toda cercanía”, a la par que “el dueño de lo que está permanentemente cerca, y del anillo del agua”, y que el universo es el *Cemanahuac* ¿No expresa, acaso, Nanahuatzin, una doble intención? La de entrañar conceptualmente la armonía suprema que el propio nombre étnico de los nahuah fundadores implica, y la de vincularse íntima y ontológicamente con la sustancia misma de *tloque nahuaque*. Los textos de que disponemos son a todas luces tardíos, posteriores a los “arreglos” mítico-filosóficos de 1428 que iniciara Tlacaélel después de la derrota de Azcapotzalco, cuando el naciente poderío mexicatl se sentía por fin seguro de su triunfo y ansioso de reorganizar el pasado fundador con arreglo a un flamante porvenir, por fin cabalmente vislumbrado. Y un pueblo tan enamorado de la retórica y de la poesía, tan atento a los poderes misteriosos de su incomparable idioma de seguro que bebió en las fuentes del lenguaje el reajuste de los mitos fundadores. En más de una ocasión, ellos mismos nos han recordado la importancia que otorgaban a sus distintas deno-

minaciones, a veces hasta llenarnos de confusiones hoy en día. Recordemos, de paso, en el texto de “La leyenda de los Soles”, *Códice Chimalpopoca*, IV, p. 122-123, el nacimiento de los mixcoas:

... Cuando nacieron, se metieron en el agua, se echaron en el agua; luego salieron hacia acá y les dió de mamar Mecitli. Este Mecitli es el Señor de la tierra. Por eso hoy somos mexicanos; pero no Mexica sino Mecitlin.

Y si ampliamos estas consideraciones de etimología a la toponimia, y a los nombres de las distintas figuras de la Tollan paradigmática de los orígenes, nos hallamos ante un panorama curioso, que puede parecer sugerente. Tollan, Aztlan, e incluso México, podrían mirarse con esta lupa lingüística. Por todas partes nos saldría al paso un origen acuático, lacustre, fundamentado en símbolos botánicos propios de la fundación de una ciudad *intollihtic inacaihtic*, “entre los juncos, entre las cañas”. Como si la fundación en el islote de Tenochtitlan hubiera sugerido un mito general paradigmático de alcance general para todo el universo concebible. De este modo Tollan, de *tollin*: “junco, juncia o espadaña”, según el *Vocabulario* de fray Alonso de Molina, es el lugar donde hay espadañas, donde hay tules (*tollin-tlan*), lo que en parte más o menos recuerda el nombre genérico más usual para designar la ciudad, a saber la contracción del *difrasismo in atl in tepetl* es decir, *altepetl*: “agua y monte”. Esta Tollan, lugar donde hay espadañas por antonomasia, acaso tenga estrecha vinculación con Aztlan, también isla en medio del agua como bien recalca Florescano, y el lugar donde sobre todo hay blancura, expresada por la *aztapilla*: “la juncia o espadaña muy blanca”, al igual que es lugar de garzas (*aztatl*). Los informantes de Sahagún nos recuerdan bien, de paso, que dicha juncia blanca es el material más idóneo para construir el símbolo del poder político, el *icpalli*, al evocar la elaboración del *aztapiltepotzicpalli*: “el sitial de juncia blanca”, atributo del soberano. Florescano, como Michel Graulich y, anteriormente, el ilustre alemán Eduard Seler evocan la posibilidad de que Azdan sea el reflejo mítico de México, o con palabras

de Selser: “. . . un cuadro reflejado, glorificado y traducido a lo mítico de la habitación histórica de los aztecas, la ciudad-isla de Tenochtitlan en medio del lago de México. . .”⁴

Se nos ocurre entonces, que lo mismo puede haber pasado con la noción misma de Tollan, elaborada después de 1428 para dar cuenta de un ideal y de una magnificación de la humilde fundación originaria. Esto nos lleva a las páginas que Florescano dedica a la etimología de México, y empezaremos recordando tan sólo la importancia que había de revestir muchos años más tarde, para un Nezahualcóyotl por ejemplo,⁵ su identidad lacustre y la especial botánica que supone:

<i>Acatl iztac imanca,</i>	Allí donde hay cañaverales blancos,
<i>tollin iztac,</i>	espadañas blancas,
<i>chalchihuitl imanca,</i>	allí donde hay jades preciosos,
<i>Mexico nican. . .</i>	aquí está México. . .

Y siguiendo pues por los rumbos de la fantasía lingüística, por qué no explorar otras posibles etimologías del nombre mismo de México que no tengan que ver con la luna, ni con el “centro de la luna”, lo que para el “pueblo del sol”, como agudamente lo nota Florescano, es bastante contradictorio. Desecharemos, de buenas a primeras, la posibilidad de que Tenochtitlan sea el verdadero nombre azteca de México, porque si ha de hacerse recuento del empleo de ambas denominaciones, encontraremos en los textos que nos han llegado, un uso del vocablo México bastante superior al de Tenochtitlan, y en los mayores poetas en lengua náhuatl de los siglos XV y principios del XVI un recurso harto frecuente al nombre compuesto: México-Tenochtitlan, lo que indica a todas luces (y con base en los textos disponibles) que las dos toponimias se completaban conceptual y míticamente en el discurso mexicatl. Intentando así buscar en un contexto lacustre, propio del lugar y de las circunstancias de la fundación, podríamos sugerir que México viene vinculado a *mexixin*: “mastuerzo silvestre, o berro americano”, también *tro-*

⁴ SELSER, 1902-1923, 2, pp. 31-48. Véase también GRAULICH, 1987.

⁵ BAUDOT, 1984, 28, p. 68.

paelum majus, de la familia de las crucíferas. Así, sería “en los berros”, “donde crecen berros”, toponimia meramente descriptiva que se reúne apaciblemente en una triple invocación lacustre: Tollan: “donde hay espadañas”, Aztlan: “donde hay garzas y/o juncias blancas”, México: “donde hay berros” y que proyecta en topónimos de idéntica raíz conceptual una voluntad claramente expresada de forjar una identidad mítica con base en un origen de iguales entornos y de idénticas circunstancias. Una manera clara de reclamar una continuidad a través de las etimologías.

Claro, que estas reflexiones procuradas aquí un poco a vuelo de pluma no quitan, sino que, a mi ver, subrayan la pertinencia del análisis ofrecido por Doris Heyden en un precioso artículo⁶ donde el lector hallará datos fundamentales para relacionar los múltiples elementos de esta representación mítica de México con sus antecedentes más suntuosos, entre los cuales se hallan, claro, las imágenes primeras del mural de Tepantitla que evoca Florescano. Esto nos lleva, tanto en el texto de Florescano como en el de Heyden, a esta última consideración: los mexicah concibieron seguramente su primacía, su señorío, con el temor de que se pudiera poner en duda su derecho y con el anhelo por borrar cualquier sospecha de usurpación. A tal punto, que después de la conquista española, uno de los primeros evangelizadores “etnógrafos” ocupados en investigar el pasado azteca, el famoso fray Toribio de Benavente, *Motolinía*, al intentar justificar ante Carlos V y el Consejo de Indias lo bien fundado y lo legítimo de la empresa española, denunció con evidente intención el carácter “advenedizo” y reciente de la implantación mexicatl en tierras de Mesoamérica. Esto, en parte, vendría a corresponder con el discurso utilizado por Motecuhzoma al recibir a Cortés, según nos lo ofrece el libro XII del *Códice Florentino*. Rápidamente, recordemos estos dos inevitables textos que a su modo dan un extraño relieve al empeño mexicatl por organizarse un pasado de intachable legitimidad y que responden, como en contrapunto, a lo enunciado por Florescano. Al saludar por vez primera a Cortés aquel 9 de noviembre de 1519 en las

⁶ HEYDEN, 1989, pp. 211-229.

puertas del corazón urbano de México, Motecuhzoma Xocoyotzin profirió estas misteriosas y proféticas palabras:

Oh ¡Señor nuestro! Has sufrido muchas fatigas, cansado estás; he aquí que llegaste a la tierra, he aquí que viniste a acercarte a tu ciudad de México, he aquí que viniste a bajar sobre tu estera, tu sitial, aquellos que por un momento te guardé, que te conservé.

Porqué ya se fueron tus gobernadores, los señores soberanos, Itzcoatl, Motecuhzoma el Viejo, Axayacatl, Tizoc, Ahuitzotl, ellos que por tan poco tiempo habían venido a guardar tus bienes, habían venido a gobernar la ciudad de México. . . Así pues esto es lo que habían dicho al partir los señores soberanos, que vendrías para darte a conocer a tu ciudad, que vendrías a bajar aquí, sobre tu estera, tu sitial, que vendrías. . .⁷

Lo cual bajo la pluma “política” e imaginativa de Cortés, da en la Segunda *Carta de Relación*, la versión siguiente:

Muchos días ha que sé que por nuestras escrituras tenemos de nuestros antepasados noticia que yo ni todos los que en esta tierra habitamos no somos naturales della, sino extranjeros y venidos a ella de partes muy extrañas. . .

Y en 1555, al firmar la famosa carta del 2 de enero a Carlos V para combatir con inigualable saña las ideas y la influencia de su gran rival dominico, fray Bartolomé de Las Casas, *Motolinía*, que llevó a cabo una de las primeras y más sólidas investigaciones sobre los orígenes de las poblaciones del Anahuac, y que en ese texto de 1555 quiere convencer a toda costa al Emperador de la legitimidad de la presencia española, subraya una vez más, con pugnacidad, aquella característica que tanto turbara a los forjadores del mito fundador mexicatl: la conciencia de una presencia usurpada, ilegítima, la obsesión agobiante de ocupar sin derechos una tierra ajena:

. . . la primera será hacer saber a V.M. como el principal señorío desta Nueva España cuando los Españoles en ella entraron, no había muchos años questava en México o en los Mexicanos, i

⁷ *Códice de Florencia*, lib. XIII, cap. XVI.

como los mismos Mexicanos lo habían ganado o usurpado por guerra; porque los primeros y propios moradores desta Nueva España era una gente que se llamaba Chichimecas i Otomies . . . después de pasados muchos años vinieron los Indios llamados Mexicanos i este nombre lo tomaron o les pusieron por un ídolo o principal dios que consigo truxeron, que se llamaba Mexitle. . . estos Mexicanos se enseñorearon en esta nueva España por guerras. . . .

El que fray Toribio pudiera recoger esta tradición histórica todavía a mediados del siglo xvi, después de más de treinta años de presencia española, permite ver cuán vivaz era la mala fama de la relación establecida por los mexicah con las poblaciones agrícolas sedentarias del Anahuac, pese a la antigüedad de los reajustes mítico-históricos a los que habían procedido.

Esto nos llevaría, para concluir ya este comentario, a interrogarnos, con Florescano, sobre el papel que desempeñan los mitos en las conciencias de identidad histórica, y cómo pueden representar un ideal colectivo en el que un grupo humano vuelca sus aspiraciones o sus fantasmas más punzantes. La historia contemporánea, gran consumidora de mitos, parece mostrarnos, además, cómo el viejo mecanismo mitogenético impera ahora con base en lenguajes, quizá nuevos, pero siempre apegados al discurso simbólico de antaño. Un libro reciente de Manfred Frank⁸ nos recuerda oportunamente que la muerte, la destrucción o la borradura de Dios han abierto una crisis sin precedentes en nuestro pensamiento occidental desde el siglo XVIII, y que de manera bastante alucinante se han multiplicado filosofías de la historia, utopías políticas, prótesis pseudo-religiosas y otras desesperadas búsquedas de sentido y de significación para el devenir histórico humano. ¿No estará la solución que de continuidad armoniosa al conjunto en una nueva importancia de los mitos, en un novedoso redescubrimiento de la cuestión central del mito? El mito y la lenta elaboración de las diversas mitogénesis podrían conceptuarse como discurso que justifica y da legitimidad a las aspiraciones colectivas, a las normas so-

⁸ FRANK, 1989.

ciales, a las instituciones y a las creencias de una sociedad, y no, desde luego, como una etapa arcaica y obsoleta del pensamiento preocupado por el devenir. Lejos de presentarse como una interpretación irracional y primaria, el mito sería la construcción de dimensiones fundamentales para la vida misma del espíritu colectivo "... necesitamos una nueva mitología", nos dice Frank, para puntualizar en seguida: "y esa mitología ha de ponerse al servicio de las ideas, debe venir a ser una mitología de la razón", para no encontrarnos al final del camino con los delirios asesinos del *Mito del siglo veinte* de Alfred Rosenberg.⁹ La simpatía con la que Florescano ha abarcado el problema planteado por el mito en la memoria mexicana obedece, por cierto, a este nuevo redescubrimiento de la necesidad mitológica de hoy.

REFERENCIAS

BAUDOT, Georges

- 1984 "Nezahualcōyotl: vingt-deux chants tristes du Mexique précolombien", en *Poésie*. Paris, Eugène Belin Ed.

FRANK, Manfred

- 1989 *Le dieu à venir*. Lecons

GRAULICH, Michel

- 1987 *Mythes et rituels du Mexique ancien préhispanique*. Bruselas, Palais des Académies-Académie Royale de Belgique, pp. 163.

HEYDEN, Doris

- 1989 "Posibles antecedentes del glifo de México Tenochtidan en los códices pictóricos y en la tradición oral", en *Primer coloquio de documentos pictográficos de tradición náhuatl*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 211-229.

ROSENBERG, Alfred

- 1931 *Der Mythos des xx Jahrhunderts*.

⁹ ROSENBERG, 1931.

SAHAGÚN, Bernardino de

1907 *Códice Matritense de la Real Academia*. Edición facsimilar preparada por Francisco del Paso y Troncoso. Madrid.

